

# EL LICENCIADO DAZA CHACÓN Y SU RELACIÓN DE LA HERIDA DEL PRÍNCIPE CARLOS.

Rojo Vega A

Historia de la Ciencia en la Facultad de Medicina de Valladolid. España.

**Correspondencia:**  
Anastasio Rojo Vega  
Cátedra de Historia de la Ciencia.  
Facultad de Medicina de Valladolid.  
c/ Ramón y Cajal, 7; 47005-VALLADOLID  
rojo@med.uva.es

De la historia médico-quirúrgica de la herida del príncipe Carlos nos han quedado dos **Relaciones**, firmada la una por el doctor Olivares y la otra por el Licenciado Daza, que, en honor a la verdad, son una sola, por cuanto coinciden con puntos y comas en la narración del suceso, y solamente se diferencian en lo que cuenta de la actuación de Olivares la del doctor Olivares, y del licenciado Daza la de Daza. Uno la escribió y otro la copió y parece claro que el plagador fue el primero de ellos. El cirujano no podía decirlo abiertamente, siendo Santiago de Olivares todo un protomédico, pero dejó sutilmente asentados los derechos de autoría al informarnos de haber sido encargado por el marqués de Sarria, mayordomo de doña Juana, princesa de Portugal, de tener a esta informada de la evolución de don Carlos mediante cartas diarias, que al final del suceso le serían devueltas: "*que todos los días sin dejar ninguno, escribiese a S.A. lo que pasase puntualmente; y así lo hice; suplicando a S.A. mandase guardar todas mis cartas, y así lo mandó, y que se me tornasen a entregar. De las cuales yo he sacado todo el suceso, que de otra manera fuera imposible tener memoria de cosas tan particulares*" (Daza, 538). Por otra parte, la Relación de Daza tiene fecha: "*Acabose esta relación en esta corte y villa de Madrid, día de Señor Santiago, a veinte y cinco de julio de mil y quinientos y sesenta y dos años*", y la de Olivares no.

Otorguemos, pues, a Dionisio Daza Chacón la autoría de la precisa descripción del accidente del príncipe y su tratamiento médico. Un acontecimiento, por cierto, profetizado por no se dice quién, ni dónde, ni cuándo: "*el Príncipe de España Carlos correrá peligro de una caída de grados, o de alto o de caballo; pero de caballo menos*" (Olivares, 573-4; Daza 563).

## 1.- DEL 19 DE ABRIL AL 9 DE MAYO DE 1562

El 19 de Abril de 1562, domingo, después de comer, el príncipe quiso bajar por una oscura y mala escalera de la casa que le alojaba en Alcalá, localidad a la que había llegado buscando mejores aires para sus continuas cuartanas y para aprender latín, con ayuda de su maestro Juan Honorato. Don Carlos era todo menos un atleta, pequeño, cheposo y cojitranco, así que, quizás por ir demasiado rápido, dio un paso en falso que le hizo dar una voltereta en el aire y caer cabeza abajo, desde

una altura de cuatro o cinco escalones, sobre una puerta cerrada. Allí se quedó, sin conocimiento, cabeza abajo y pies arriba, con una descalabrada en la zona occipital, sobre la comisura lambdaeides

Un príncipe no iba nunca solo, así que, de inmediato se formó un gran revuelo y los criados acudieron corriendo a los aposentos de los doctores Vega y Olivares y del licenciado Daza, que constituían el cuerpo médico de su alteza, a pedir ayuda. Llegados al punto del accidente lo más rápido que pudieron, procedieron a la primera cura, la que se llamaba cura de primera sangre, realizada ante don García de Toledo, ayo de don Carlos, y ante don Luis de Quijada, su caballero mayor. Olivares dice que fue él quien tomó la iniciativa. Daza escribe haber sido él quien le curó: "*vi una herida del tamaño de una uña del dedo pulgar, y la circunferencia bien contusa, y descubierta el pericráneo, se vio que estaba algo contuso*" (Daza, 538).

Parada la hemorragia, lo habitual en estos casos era sangrar al accidentado, para evitar la formación de apóstemas sanguíneos, colecciones de sangre internas, pero con el príncipe no se pudo hacer, ya que rompió a sudar y una cosa con la otra eran incompatibles.



Figura 1.- Vesalio, Fábrica, 1555

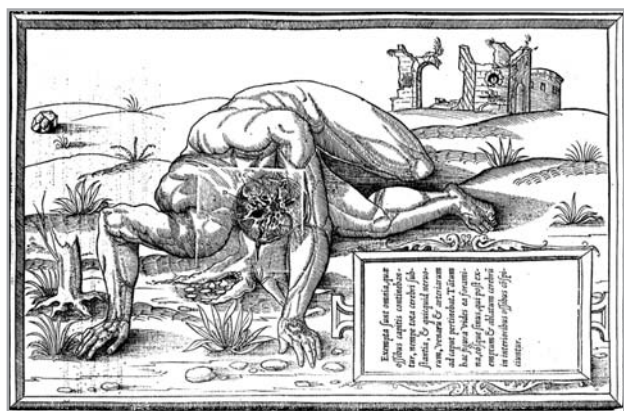


Figura 2.- Estienne, Dissectione partium, 1525.

Mientras un correo galopaba a Madrid, a comunicar la desgracia a Felipe II, el príncipe fue metido en la cama. Daza comenzó sus anotaciones precisas: sudó durante una hora y media y después paró ¡Albricias!. Ya con sentido, sus camareeros le secaron bien y un subalterno del equipo médico le administró un enema, una melecina, que limpió todo lo que en aquella parte se podía limpiar; a continuación, el barbero de su alteza le sangró de la vena llamada de todo el cuerpo del brazo derecho, extrayéndole 0,2 litros de sangre.

La cosa parecía ir bien, nada había reseñable, excepto una febrícula que se haría habitual en los días siguientes. Como su alteza no debía tener demasiado buen cuerpo y tampoco convenían los excesos en la comida, se le presentó una cena ligera, cuyo menú no se especifica, y se le dejó dormir, bajo la vigilancia de su ayo, don García de Toledo, entre cuyas obligaciones estaba la de velarle, sentado en una silla a pie de cama; un oficio en el que sería sustituido por un duque de Alba enviado por el rey para gobernar la situación.

El correo a caballo llegó a Madrid el mismo día 19 y el 20 al amanecer ya estaba Felipe II en Alcalá, con sus cirujanos personales, el doctor Portugués y Pedro de Torres. El monarca presenció la cura matinal, realizada por Portugués siguiendo los deseos del príncipe: *Licenciado, a mi me dará gusto que me cure el Doctor Portugués, no recibais pesadumbre de ello* (Daza 539).

Seguía la febrícula, por lo que todos coincidieron en hacer una segunda sangría, ya que el tiempo, Primavera, era el adecuado, la edad del accidentado poca, y sus fuerzas supuestamente buenas, ya que llevaba veinte meses comiendo mucho y de los mejores manjares, no habiendo sido sangrado, y purgado ligeramente y tan sólo una vez, en su última larga cuartana. Se repitió vena, pero en este caso en el brazo izquierdo, extrayéndose, como en la anterior, 0,2 litros de sangre.

Poco más hubo que apuntar aquel día y el siguiente. Seguía la febrícula y las comidas y cenas fueron ordenadas de modo que no acumularan demasiados excrementos. Para comer unas ciruelas pasas, un poco de caldo, unos muslos de pollo y un poco de mermelada; y para cenar poco mas o menos lo mismo, ciruelas, caldo y mermelada. Esta dieta no se modificó hasta el 29 de abril.

Día por día, el 22 la fiebre subió algo y aparecieron unas sequillas, unos ganglios dolorosos en el cuello, en la parte izquierda. También se quejó el enfermo de entumecimiento en la pierna derecha, pero ni médicos ni cirujanos lo tuvieron en cuenta, ya que dicha torpeza en el miembro era fenómeno

que le solía ocurrir cuando le atacaba la cuartana, que era casi siempre. Las secas tampoco causaron alarma, por cuanto la caída del príncipe coincidió con un momento en que estaba cogido por el catarro. Arromadizado, dicen Daza y Olivares.

La novedad del 24 de abril fue una purga ligera que se le hizo con mana, un laxante suave procedente de Italia, una especie de resina extraída de los fresnos de Sicilia y Calabria, que funcionó muy bien. La herida presentaba un excelente aspecto, con buena materia, es decir sin pus, y buen color tanto en los labios como en lo que se dejaba ver del pericráneo, porque el príncipe, al caer, dejó un trozo de cuero cabelludo en la puerta.

Todo siguió igual. Cura diaria y dieta dicha hasta el 28. Aquel día, al manifestar la herida médicos y cirujanos, hallaron que ya no estaba tan buena, sino, por el contrario, sucia, llena de pus y con mal color. Era el primer aviso de lo habría de sobrevenir el 9 de mayo.

El 29 por la noche, después de haber cenado bien y de meterse en la cama, el príncipe sintió frío. No hizo llamar a los médicos pensando que era lo natural, ya que aquellos días estaban siendo en Alcalá destemplados y frescos. Se cobijó bajo las mantas, quiso dormir, pero al ver que no podía, acabó consultando, a las dos de la mañana, al médico que aquella noche estaba de guardia, precisamente el doctor Olivares, quien se percató inmediatamente de que don Carlos presentaba una fiebre muy alta, aunque, para tranquilizarle, le dijo que no era nada, solamente un poco de alteración; el príncipe, que tenía su humor y su desparpajo, le contestó: *calentura y al onceno en herido de cabeza, mala señal es* (Olivares 556). En realidad Olivares pensaba lo mismo y por eso, como la fiebre no dejaba de aumentar, siguiendo los presupuestos de la medicina de la época, procuró no dejarle dormir.

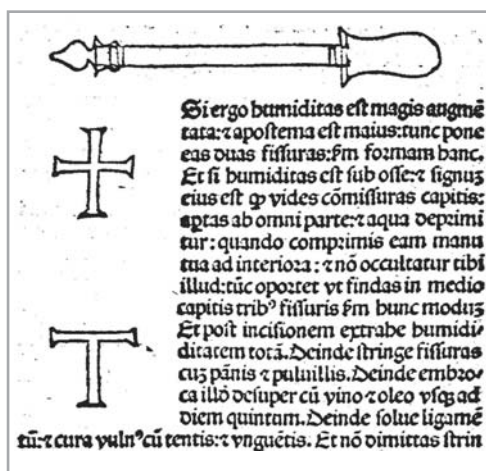


Figura 3.-  
 Cauterio  
 para cabezas de niños.  
 Albucasis,  
 1500

Sin haber pegado don Carlos ojo en toda la noche, don García, siguiendo el criterio de Olivares, convocó junta de médicos y cirujanos nada más amanecer. Primero procedieron al examen exhaustivo del enfermo ¿Por qué la fiebre? ¿Cuál era su causa? Lo que pudieron observar, al margen de la herida, fue que las sequillas, los ganglios infartados y dolorosos, habían vuelto al cuello, y que la pierna estaba otra vez entumecida. Nacieron dudas sobre si existiría lesión interna, o sería alguna materia, alguna pus que se hubiera formado en la propia herida y que no pudiese salir fuera. Daza culpa al doctor Portugués: *“porque en la cura que se había hecho el día de antes,*



Figura 4.-  
 Trépaño.  
 Albucasis,  
 1535

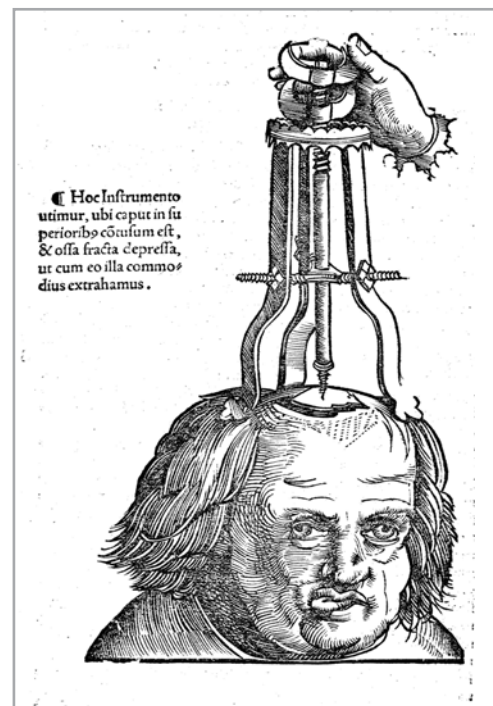


Figura 5.-  
 Trépaño.  
 Albucasis  
 1535

que fue el noveno, el doctor Portugués no formó la herida como solía, no quiso hacerlo aunque se le dijo, sino puso un lechino en la boca de la herida, y muchas planchetas más encima, y con esto obturó el orificio, y en lo vacío de la llaga recogiose la materia" (Daza 541).

Para salir de dudas, decidieron levantar de nuevo, refrescar, la herida, ampliando su boca, es decir la parte carente de piel, para facilitar la expulsión de las materias dañosas indeseadas. Olivares copia a Daza: "para pasar adelante si hubiese lesión interior, o para dar salida y lugar a la materia para que no quedase embebida en la llaga porque desto se podría facilmente comunicar por la comisura a la parte de dentro o podría podrescer el casco" (Olivares 556).

Seguramente, la operación fue llevada a cabo nuevamente por Portugués. Se buscó dejar el cráneo al descubierto, practicando una incisión en forma de tao. Hecha, pudieron comprobar que el pericráneo se despegaba sin resistencia de los huesos craneales, lo que no era buena cosa. Poco más pudo conocerse aquel día, ya que la hemorragia fue tan copiosa que ni dejó ver el campo de operaciones ni proseguir la maniobra. El interés mayor del momento era comprobar si había o no fractura.

Concluida la operación, se comunicó al rey, quien saliendo de Madrid de madrugada, se presentó en Alcalá antes de la siguiente cura. Llegó con los dos pesos pesados de la medicina de su Cámara Real: los doctores Hernando de Mena y Andrea Vesalio, que inmediatamente se incorporaron al grupo.

Sin el contratiempo de la sangre, lo que aquellos profesionales, con el monarca, el duque de Alba, y todos los demás presentes en aquella cura multitudinaria, pudieron ver, fue un hueso razonablemente bueno, de buen color a excepción de una manchita, que hizo pensar a Daza en la conveniencia de legarlo, de raer el cráneo y quitar aquella manchita y el hueso, para ver si el hueso bajo ella estaba en mal estado. Pero aquellos días Daza había sido desplazado por el doctor Portugués y su opinión no se tuvo en cuenta.



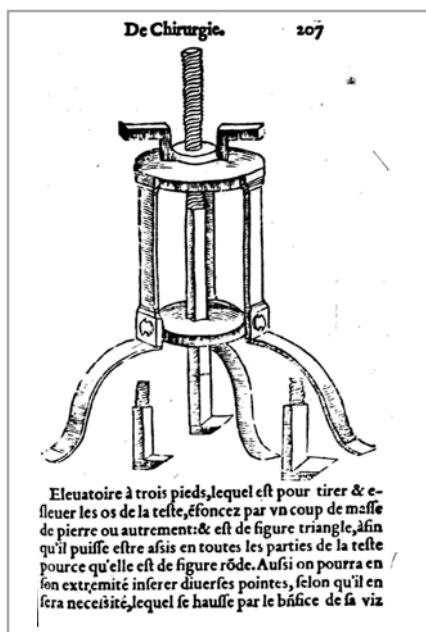
Figura 6.-  
 Berengario,  
 Fractura cranei,  
 1535

Se prefirió una cura tópica, espolvoreando el hueso a la vista con polvos de ireos y aristoloquia, untando los labios de la herida con trementina y yema de huevo en el tiempo que se pensó había que digerir, y con miel rosada cuando se consideró que había que mundificar, y sobre todo ello emplasto de betónica.

Al día siguiente, sábado 2 de Mayo, la cura parecía haber eliminado la mancha, pero surgió una erisipela, que comenzó a apoderarse de don Carlos a ritmo galopante. Es la que describe Cristóbal de Vega y la que, según Daza: "se le comenzó a apostemar la cabeza, con una muy gran erisipela, mezclada con sangre gruesa; la cual fue extendiéndose primero por la parte izquierda, oreja y ojo, y después por la derecha; por manera que se apostemó toda la cara y fue bajando hasta la garganta, pecho y brazos" (Daza 543).



**Figura 7.-** Elevadores. Paré, Dix livres, 1564.



**Figura 8.-** Elevador. Paré, Dix livres, 1564.

Normalmente le habrían sangrado, pero se temió que, estando ahora débil, una mayor resta de fuerzas le llevase a la muerte. La enfermedad se pronosticaba larga y peligrosa y mejor era ir ahorrando vigor: "se había de tener cuenta con que la herida iba a ir a la larga y teníamos necesidad de conservar la virtud porque enflaquecida bastara para perder la jornada" (Olivares 557).

A partir del 3 de mayo la lucha fue triple, contra la herida, la fiebre y la erisipela. El 4 hubo complicaciones. El príncipe reclamó el servicio, el orinal, porque le habían comenzado unas diarreas ardientes y líquidas, muy mal olientes, y estando en ello "se enfrió un poco y se le encogió el pulso, aunque no tuvo rigor ni temblor" (Daza 544).

Eso fue por la noche, al amanecer la fiebre se hizo tan alta "que comunicándose el calor a la parte interior sobrevino una parafrenitide o delirio" (Olivares 558). El príncipe estaba, no sabía si decirse sin sentido, o sin juicio. Volvió a reapacer la manchita que se había dado por olvidada.

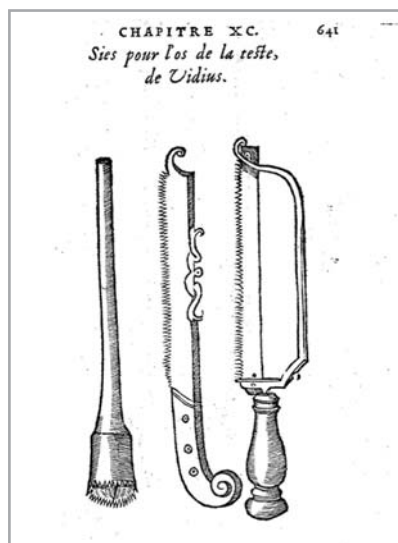
Hubo grandes discusiones, en las que se enfrentaron tres bandos: Vesalio y el doctor Portugués aconsejaban trepanar, "visto esto fue de parecer que el daño era interior y que no tenía otro remedio sino pasar el casco hasta las telas". Otros, como Olivares, defendían que todo era exterior, que no hacían falta cirugías, porque "ni hubo náuseas, ni vómitos ni rigores" y porque "la mancha que pareció el viernes, túvela por superficial, y si después volvió a parecer fue la tinctura de los medicamentos" (Olivares 559). Los restantes, con Daza, atentos a la mancha oscura, postulaban que el mal no estaba en el interior, sino en los propios huesos del cráneo "por estar el casco dañado, o entre las tablas, para lo cual era bien que se legrase". Vesalio y Portugués tenían por burla las conjeturas de Daza (Daza 544).

El 5 y el 6 se pasaron malamente, con erisipela, picos febriles, que últimamente se manifestaban cada tres días, como en las tercianas, y una diarrea de entre tres y cinco deposiciones diarias.

La novedad del segundo de los días citados fue la llegada del bachiller Gonzalo de Torres desde Valladolid. Nada más ver al príncipe – de tal discípulo tal maestro– ratificó lo defendido

por Daza: había que legrar, aunque visto el estado de don Carlos, mejor otro día. El bachiller Torres, que gracias a la participación en este evento sería nombrado Cirujano Real, había llegado a Alcalá gracias a Daza, que en esto sí había conseguido convencer a los demás: "yo propuse en la consulta que pues era negocio de tanta duda, que trajesen al bachiller Torres, cirujano y maestro mio, que residia en la villa de Valladolid, hombre de muchas letras y de gran esperiencia, y a todos les pareció muy bien" (Daza 542).

El 7 todo era confusión. Nadie sabía qué hacer. El primero y principal artículo de la medicina era ayudar a la Naturaleza, pero ¿cómo?. Se habló de purgar, pero la mayoría se atemorizó: "no vomitase la purga, lo qual fuera grandísimo daño por estar la cabeza abierta y tan apostemada" (Olivares 560). Nada que pudiese provocar vómitos, nada de drásticos, en todo caso un laxante de los más suaves, un jarabe de nueve infusiones, que su



**Figura 9.-** Sierras de cabeza. Dalechmaps, Chirurgie, 1573

alteza tomó con tanto gusto, que volvió a pedir el vaso para relamerlo. Eran las cuatro de la mañana y al amanecer del día siguiente, Naturaleza decidió mostrar su agradecimiento: "detúvole el estómago, y obro tan bien con el que de número pasaron de veinte cámaras las que hizo" (Olivares 560).

La idea fija de los presentes era extraer la materia pecante del cuerpo de la forma menos agresiva posible. El 8 fue dedicado a lavatorios de las piernas y de la cabeza, los de las piernas para atraer los malos humores y los de la cabeza para humedecerla y provocar el sueño; unos evaporatorios en las narices quisieron servir para lo mismo.

Ninguna mejoría se logró. Los delirios eran cada vez más. Los recursos parecían haberse agotado. Aquella misma tarde se aplicó por primera vez a la cabeza de don Carlos el ungüento del curandero Pinterete.

## 2.- EL TERRIBLE 9 DE MAYO

El amanecer del 9 de Mayo fue horrible. La herida parecía haberse secado y los labios, de muy mal color, se habían separado. El enfermo no podía abrir los ojos, presentando unos párpados tan hinchados, que se presumía estarían llenos de pus y que acabarían por reventar y supurar. Médicos y cirujanos se quedaron sin habla: no encontraban ni un solo signo en la persona real que augurase algo distinto de una muerte inevitable.

A grandes males, grandes remedios. El viejo Torres volvió a proponer el legrado, y aunque los doctores Vega, Torres y Olivares no lo creían necesario "viendo el poco inconveniente que se seguía por estar el Príncipe tan desacordado – tan fuera de conocimiento, de razón - que ni podía entender lo que se hacía, ni el legrar por estar como estaba le causaría dolor y mirando el peligro en que su Alteza estaba, acordamos que se legrase" (Olivares 560). Tanto daba que muriese legrado, que sin legrar.

La operación comenzó a las nueve de la mañana. La inició Portugués y la concluyó Daza: "comenzó el doctor Portugués a echar la legra, y a pocos lances me mandó el duque de Alba que la tomase yo; y fui legrado, y a poco rato hallé el casco blanco y sólido, y comenzaron a salir de la porosidad del hueso unas gotillas de sangre muy colorada, y con esto paró la legra" (Daza 548). Lo visto hizo reconocer a los concurrentes lo acertados que habían estado Vega, Torres y Olivares al defender que la lesión no tenía que ver ni con el interior ni con los huesos del cráneo, sino con la propia herida, la fiebre y la erisipela. Todos excepto Vesalio y el Portugués "que nunca mudaron de parecer" (Daza 548).

La habitación del príncipe se convirtió en un ir y venir de multitudes. Nobles y caballeros llegados de toda España a interesarse por el doliente y hacerse ver por Felipe II, subalternos aplicando ventosas en la espalda del deshaciado, y hasta una procesión.

"Esta tarde vino en procesión la villa y trujeron el cuerpo del bienaventurado fray Diego cuya vida y milagros es tan notoria. Metieronle en el aposento del Príncipe, aunque aquel día estaba tan fuera de sí y los ojos estaban tan apostemados y cerrados que dara muy poca razón de lo que acaeció" (Olivares 562). El príncipe contaría, ya sano, cómo aquella misma noche del 9 de mayo se le apareció el propio fray Diego en hábito franciscano, con una cruz de caña atada con una cinta verde en la mano; y cómo, creyéndole San Francisco, le preguntó ¿cómo no traeis las llagas?. Desgraciadamente, no recordaba la respuesta del santo. El cuerpo "metieronle en el aposento del príncipe, y llegaronse lo mas que fue posible" (Daza 549)

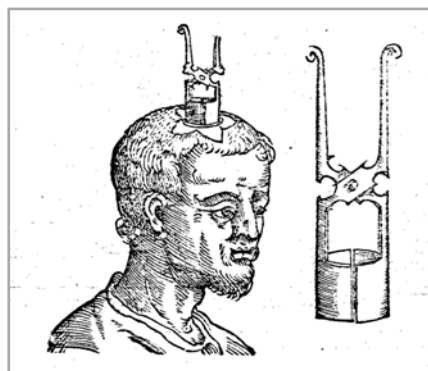


Figura 10.-  
Tenacula. Cruce,  
Cirugía, 1573.

Todo parecía dar igual. Creyendo que no había solución, Felipe II, al que su médico de cabecera, el doctor Hernando de Mena, había pronosticado una muerte sin solución, partió hacia Madrid entre las diez y las once de la noche, en medio de una tempestad fortísima. Se refugió en San Jerónimo de la villa del Manzanares, huyendo del trago de ver morir al hijo, ordenando la organización, al día siguiente, de una rogativa con Nuestra Señora de Atocha, que presidirían él mismo, la reina y la princesa Juana.

Visitantes, médicos, cirujanos y el curandero Pinterete, ya citado, impuesto por la Corte: "Visto cuan mal iba la herida, aunque se entendía que los medicamentos que se aplicaban eran los que convenían, y que la falta no estaba en ellos sino en la falta de virtud y en la fuerza de la calentura [...] consentimos que se curase su Alteza con los ungüentos de Pinterete, moro del reino de Valencia, con que muchas veces se nos había propuesto que le curásemos: los cuales son dos, uno blanco que se tiene por repercusivo y mas templado, otro negro el cual es tan caliente que es necesario emplealle con el blanco [...] viendo la fee que muchos tenían en estos ungüentos y la opinión general del vulgo que a todos nos echaba culpa porque no usábamos dellos, y también que algunos de los cirujanos y médicos que estaban presentes los habían experimentado en algunos graves casos: por esto nos pareció que se probasen y se usase dellos conforme a la orden dada por el mismo moro, al cual de hora en hora estábamos esperando. Los ungüentos se pusieron viernes – 8 de mayo – y sábado antes que el viniese. El moro vino sábado a la noche a nueve de mayo". Daza se opuso siempre a tales ungüentos "por no saber la composición dellos" (Daza 548).

Llegada la noche, se le practicó una sangría con lanceta en las narices, le aplicaron otras cinco ventosas, y "fue Dios servido que con estos beneficios el Príncipe durmió en veces cinco horas" (Olivares, 563).

## 3.- RECUPERACIÓN DE LA SALUD

Nadie supo dar explicación la mejoría de la mañana del 10, al pulso más vigoroso y a la minoración del delirio. ¿Los ungüentos de Pinterete? La verdad es que el morisco ejercía en aquellas juntas de médicos de convidado de piedra. El príncipe estaba siendo tratado con sus fórmulas, sí, pero no las aplicaba él, sino el doctor Portugués.

Si el día anterior las señales eran mortales, las de ahora eran todas esperanzadoras. Convenía volver a ayudar a la Naturaleza y como en la orina se intepretaron señales de crudeza, los boticarios prepararon de inmediato un jarabe que le sería suministrado los nueve o diez días siguientes. Por la noche, don Carlos volvió a dormir otras cinco horas, a trechos.

El 11 dejaron a Pinterete curar al príncipe con sus propias manos, pero sus maniobras no debieron gustar a los presentes, ya que el siguiente, 12, los ungüentos volvieron a ser aplicados por Portugués.

Entre los académicos comenzó a plantearse un dilema: el príncipe parecía ir cada día a mejor, mientras la herida se hacía cada vez más fea: "*Todos estos días con haber mejorado el Príncipe desde el sábado en la noche, la herida iba de mal en peor porque el ungüento negro la quemó de manera que puso el casco negro como una tinta [...] acordamos de dar con los ungüentos al través y despedir al moro; y este se fue a Madrid a curar a Hernando de Vega, el cual murió*" (Daza 549, Olivares 562). Para Daza, opuesto desde el principio a una fórmula cuyos componentes eran secretos, el famoso ungüento no era más que un "gentil cáustico" (Daza 551).

La alternativa a Pinterete fue una cura académica de manteca de vaca lavada con agua rosada e hilas secas sobre el hueso del cráneo, recubiertas con emplastro de betónica.

El 13, coincidiendo con una nueva llegada de Felipe II a Alcalá, y el 14 fueron celebrados por la notable mejoría del estado general del príncipe, aunque todavía algunas partes de su cuerpo pedían ayuda urgente.

El 15, a las dos y media de la mañana, la herida volvió a llenarse de pus. La manteca de vaca fue sustituida por polvos de ireos, digestivo y emplastro de betónica. Como se ha dicho, durante todo este tiempo un pico febril sobrevenía a su alteza cada tres días; este 15, los médicos lo esperaban a las diez de la noche, pero se adelantó a la siete de la tarde. Gracias a Dios estaban prevenidos. Don Carlos, bebiendo tres onzas de agua con una tableta de Manus Christi, pudo dormir hasta las seis de la mañana.

En los días siguientes, la preocupación se centró en los ojos. Era ya mucho el tiempo que llevaban hinchados y prácticamente cerrados, por acumulación de pus según todos menos el doctor Portugués, al que, por lo que se ve, Daza no apreciaba demasiado: "*sólo el doctor Portugués no la halló [la materia], aunque lo tentó con mucha atención*" (Daza 552).

Prevalciendo la opinión de la mayoría, el doctor Pedro de Torres procedió, por la mañana, a hacer una incisión en el párpado izquierdo, del que brotó materia gruesa y blanca. El ojo derecho corrió la misma suerte por la tarde, arrojando también mucha materia.

Aquel día el príncipe comió bien, durmió una siesta de una hora, de la que despertó casi sin fiebre, cenó a las cinco y, en líneas generales, pasó las mejores horas desde la caída por las escaleras, pese a estar casi ciego por la hinchazón de los párpados.

El 17 tomó el jarabe contra la crudeza a las cinco de la mañana y durmió hasta las ocho, momento en que se presentaron los médicos para decidir volver a extraer materia de los párpados. La del ojo izquierdo fue gruesa y caseosa; la del derecho de menor densidad, mucho mejor. En el otro extremo, la herida de la cabeza ofrecía aspecto tranquilizador.

El 18 pudo abrir el ojo derecho como si casi estuviese bueno, el izquierdo no "*por haber corrido a aquella parte mas cantidad de humor por estar la herida hacia aquel lugar*" (Olivares 564). La comida fue normal, casi no se apreciaba fiebre y la herida mejoraba continuamente.

A la noche le volvieron a curar los ojos. El izquierdo estaba hinchado, "*por esto el doctor Torres metiendo la tintera por el orificio que había hecho la lanceta, sacó cantidad de materia harto del-*

*gada*" (Olivares 565). Pasado algún tiempo, bajó la hinchazón y don Carlos pudo abrirlo a lo. Aquella noche durmió cerca de diez horas.

El 19 amaneció con una nueva cura de ojos. El derecho estaba ya bueno. Del izquierdo, ensanchando el doctor Torres el orificio que previamente se le había hecho, salió materia como para llenar un huevo de paloma (Daza 553). El príncipe pudo abrirlo casi completamente.

Comió, le dejaron dormir media hora de siesta y a las tres le rodearon para investigar cómo iba la herida. Tras la revista y consiguientes discusiones, el acuerdo fue cambiar de tratamiento: polvos de ireos, sobre ellos unas planchuelas de trementina lavada y polvos de mirra, y cubriendo el conjunto emplastro de gummi elemi del conciliador Pietro d'Abano.

El 20 se continuó con la misma pauta. Cura de ojos a las ocho de la mañana y cura de cabeza a la tarde, tras la siesta. En lo que hace a los ojos, solamente requirió continuidad la del izquierdo. Le pusieron una pequeña mecha untada en emplastro de diaquilón mayor. Lo de la mecha era exactamente eso: una mecha que se metía en la herida, para que permaneciese continuamente abierta, destilando los humores y las materias que Naturaleza tuviese a bien expeler. El terror de los cirujanos eran las heridas cerradas que se transformaban en apostemas.

Al siguiente se hubiera dicho que el ojo izquierdo estaba sano, de no haber sido por el gran rubor de sus párpados. Felipe II, otra vez en Alcalá, volvió contento a Madrid, dejando encargado le comunicasen dos veces al día lo que fuese sucediendo. Casi no habría hecho falta. Sobre el 22, Daza se aburría de recopilar datos intrascendentes: "*Desde este día no se pondrá todo tan particularmente como hasta aquí, porque sería gran prolijidad*" (Daza 554). Incluso había desaparecido la fiebre.

Ninguna novedad hubo hasta el día 30 de mayo, si no fue otra visita de dos días del monarca; y hasta el 2 de Junio, cuando el doctor Portugués arrancó un fragmento de hueso del cráneo, en la cura de las ocho de la mañana, dando un buen susto a todos: "*estando el doctor Portugués tentando el casco con un garabaillo lo metio dos o tres veces y arrancó el casco: salió al propio y forma de un corazón*" (Daza 555). Los españoles hubieran preferido dejar a la Naturaleza expulsar el fragmento, pero lo hecho, hecho estaba y "*tuvimos necesidad de digerir y mundificar algunos días la herida*" (Olivares 567).

A estas alturas, el príncipe mostraba un aspecto patético. La cabeza estaba en parte pelada de cabellos y en parte cubierta de costras que le causaban gran comezón. Los emplastos le habían conducido a un aspecto de suciedad que daba pena, "*por esto nos pareció que en las partes que se pudiese usar la navaja, se quitase el cabello lo mejor que se pudiese, y donde no, con la punta de la tijera, y que las pústulas se untasen con un poco de tocino gordo cocido en vino blanco*" (Daza 555). Se encargó de la cirugía estética Ruy Díaz de Quintanilla, barbero del rey (Olivares 567).

El 14 de Junio, don Carlos se levantó por primera vez de la cama y "*en levantándose oyó misa y recibió el Santísimo Sacramento*" (Daza 555). Ya sólo se tenía cuenta con la cabeza, poniéndole sobre la carne cicatrizal polvos de balaustias, hilas secas y emplastro de diapalma; pero habiéndose visto que las balaustias levantaban costras, dejaron solo las hilas secas untadas de ungüento blanco y sobre ellas emplastro de diapalma.

Si hasta entonces el problema había sido la cicatrización, a partir del 15 de Mayo el planteado fue el opuesto: la genera-

ción de carne sobre el pericráneo estaba resultando excesiva, más deforme que graciosa. El cambio de estrategia llevó a los cirujanos a quemar lo que consideraron sobrante con un cáustico, "Porque la carne estaba muy crecida y esponjosa, fue acordado se pusiesen sobre ellas unos polvos de alumbre quemado para que la comiese porque sobre ella no se podría hacer la cicatriz" (Daza 556).

Tras otra breve visita del rey, que llegó a Alcalá el 16 de Junio por la noche para regresar a Madrid al día siguiente, después de ver a don Carlos tomar su comida ordinaria, un pastel hecho de pechugas de pollos; siguieron curas tendentes a cicatrizar definitivamente la lesión y de la forma lo más hermosa posible, aplicando alternativamente agua aluminosa, los mencionados polvos de alumbre, hilas y emplasto geminis.

El 29 de Junio, día de San Pedro, don Carlos acudió a misa a San Francisco de Alcalá, lugar donde le fue mostrada la momia de fray Diego, que había permanecido fuera de su emplazamiento ordinario desde el día que la procesión la llevó al aposento del doliente. Al siguiente presenció, a las cinco de la tarde, las fiestas de toros y cañas que se celebraron, quizás en su honor, en la plaza mayor.

El 6 de julio se supo que la princesa de Portugal había caído con fiebres. Los médicos que no eran exclusivos del príncipe partieron hacia Madrid, para encargarse del nuevo problema. Con su alteza permanecieron los médicos Vega y Olivares, y los cirujanos Portugués y Daza.

El 7 don Carlos cumplió la promesa que había hecho en su lecho de casi muerte, de dar unas determinadas cantidades de oro y plata a ciertas casas de devoción, de acuerdo a lo que pesase una vez sano y vivo. Las casas señaladas fueron Monserrat, Guadalupe y el convento del Santo Crucifijo de Burgos. El peso de don Carlos aquel día, con calzas, jubón y una ropilla de damasco, treinta y cinco kilos.

Y poco más juzgó oportuno contar el cirujano vallisoletano. El 17 de Julio el príncipe regresó a Madrid, tras dormir en Barajas, con un parche en la la cabeza por todo recuerdo de los peligros pasados. El 21 le fue retirado para siempre jamás.

El suceso había durado noventa y tres días, durante los cuales se habían celebrado cincuenta juntas médicas de entre dos y cuatro horas de duración. "D. García nombraba al que había de decir, y el mandado, decía su parecer, fundándole con las autoridades y razones que sabía [...] Un día, viniendo a mi la tanda me dijo don García: Decir vos, Licenciado Daza; y S.M. manda que no alegueis tantos testos [...] allí no había lugar de estudiar, y así se vio lo que cada uno había estudiado" (Daza 563). Pasaron por dichas juntas el licenciado Dionisio Daza Chacón, el doctor Juan Gutiérrez de Santander, el doctor Hernando de Mena, el doctor Santiago de Olivares, el doctor Portugués, el bachiller Gonzalo de Torres, el doctor Pedro Torres, el doctor Cristóbal de Vega y Andrea Vesalio. Gracias a ellos, o pese a ellos, don Carlos sobrevivió.

## BIBLIOGRAFÍA

- ◆ Cabrera de Córdoba, L. *Filipe II rey de España*. Madrid: L. Sánchez, 1619.
- ◆ Daza, D. *Relación verdadera de la herida de cabeza del Serenísimo Príncipe D. Carlos nuestro Señor, de gloriosa memoria, la cual se acabó en fin de julio de 1562*. Colección de Documentos Inéditos para la Historia de España. Tomo XVIII. Madrid: Vda de Calero, 1851; pags. 537-563.
- ◆ Fernández Álvarez, M. *Felipe II y su tiempo*. 11ª ed. Madrid: Espasa Calpe, 2000.
- ◆ Fuensanta del Valle, M. de la Colección de Documentos Inéditos para la Historia de España. Tomo XCVIII. Madrid: M. Marco y Viñas, 1891.
- ◆ Gachard, M. *Don Carlos et Philipe II*. 2ª ed. París: Librairie Nouvelle, 1867.
- ◆ Hernández, J. "Cristóbal de Vega (1510-1573), médico de cámara del Príncipe Don Carlos (1545-1568)". *Dynamis*, 21 (2001) 295-322.
- ◆ Moreno Espinosa, G. *Don Carlos. El príncipe de la leyenda negra*. Madrid: M. Pons, 2006.
- ◆ Moñi, Cte. Ch. *Don Carlos et Philipe II*. 3ª ed. París: Perrin & Cie, 1888.
- ◆ Olivares, S. *Relación de la enfermedad del Príncipe D. Carlos en Alcalá por el Doctor Olivares médico de su cámara*; Colección de Documentos Inéditos para la Historia de España. Tomo XV. Madrid: Vda de Calero, 1849; pags. 553-574.
- ◆ Rojo Vega, A. "Heridas en Flandes. La campaña de Frisia (1568)". *REIQ*, XIII, 1 (2010) 43-48.
- ◆ Vega, C. *Commentaria in librum aphorismorum Hippocratis*. s.l., s.i., s.a. Dedicado al propio príncipe.

## NOTAS DEL AUTOR

1. *Catedrático de Historia de la Ciencia en la Facultad de Medicina de Valladolid. c/ Ramón y Cajal, 7; 47005 VALLADOLID. rojo@med.uva.es Instituto de Historia de la Ciencia Rodrigo Zamorano. Trabajo realizado dentro del proyecto FFI2011-23200 "Lexicografía y Ciencia: El estudio histórico del léxico especializado y análisis de las voces que contienen". Las imágenes han sido tomadas de Wikipedia y de ediciones insertas en Google-books, Gallica y BDH.*